



Jornadas "Los museos, una política de gestión de patrimonio"

Alta Gracia, 12-13 de abril de 2013

EL PATRIMONIO, MEMORIA DE LO SOCIAL

Mgter. Arq. Edgardo J. Venturini

El patrimonio, en sus varias dimensiones materiales e inmateriales, condensa la memoria de lo social que las comunidades / sociedades van construyendo a lo largo de su historia. Por ello, si bien "conserva" permanencias como apoyatura de esa memoria, es dinámico en tanto expresión de los cambios de significación que cada tiempo-espacio y grupo social asigna a esas manifestaciones. Gestionar el patrimonio, entonces, propone el desafío de generar estructuras de conformación capaces de dar

cuenta de esos cambios y transformaciones, al tiempo que posibilitar la reapropiación social de esa memoria y sus componentes.

Del tradicional enfoque de conjunto de objetos ejemplares para ser mirados se ha pasado al enfoque de testimonios de cultura capaces de ser vividos de manera activa. La cultura ha dejado de ser vista como un elemento ornamental y es asumida en su dimensión substantiva. Este hecho de repensar la cultura y, consecuentemente, redimensionarla, se ha dado a la par con la idea que ni la identidad es un valor estático ni el patrimonio una colección de bienes intocables. Al igual que los restantes procesos y resultados histórico-sociales, la identidad y la cultura son el fruto de un intercambio constante de ideas, prácticas sociales, experiencias diversas, tradiciones, permanencias y rupturas.

Las investigaciones realizadas hasta el momento muestran que existe una correlación entre la memoria cultural, el conocimiento personal y social, la autovaloración, la oferta de diversas experiencias que componen el concepto de paisaje cultural impulsado por UNESCO. En este concepto, el ambiente espacio-temporal, el patrimonio y la experiencia humana históricamente acumulada y condensada en prácticas, tradiciones y testimonios físico-espaciales operan como atractivos para el conocimiento y el disfrute de una experiencia culturalmente desarrollada en un contexto local pero valorada como integrante de la identidad mundial de la humanidad.

Visto de esta manera, el patrimonio como expresión de la identidad no puede considerarse como algo cristalizado, congelado, intocable, sino como una referencia dinámica, como un sistema de valores dinámicos que constantemente debe ser apropiado y reformulado en función de las experiencias de un pasado aún vital en el presente, fundamento, a su vez, de un futuro que se pretende construir desde el hoy.

En esta dimensión, el patrimonio es un instrumento vivo que debe tomar en cuenta las prácticas que le dieron origen así como las transformaciones que se han ido incorporando en su proceso de existencia. De la misma manera, la identidad local no ha de considerarse como una esencia estática, sino como un proceso dinámico evolutivo en el cual una variable fundamental son los intercambios sostenidos a lo largo de su constitución histórica por los grupos sociales que participan de ella y se reconocen en y a través de ella.

Cabe recordar que habitar es dejar huellas (Walter Benjamín), habitar es al mismo tiempo construir (Martin Heidegger). "Poéticamente habita el hombre", sostiene Heidegger, esto quiere decir que no deja marcas fortuitas sino referencias, huellas que son testimonios de una manera de ser en el mundo, evidencias de una estratificación histórica de las múltiples decisiones que han producido la realidad que se vive y se goza en el presente.

Cabe señalar, aquí, que en el ambiente existen bienes naturales y culturales que, a partir de las prácticas sociales y de las interpretaciones históricas que hacen los hombres en cada presente, trascienden el carácter de recursos (aquello que tiene valor

instrumental de aplicabilidad) para asumir la calidad de patrimonio (aquello que tiene valor simbólico de significación e identidad).

El patrimonio es, así, el conjunto de bienes naturales y culturales (materiales e intangibles) correspondientes a un espacio/sociedad particular que, por las características de sus componentes, por sus usos efectivos y potenciales, por su criticidad para los grupos sociales que a través de él se identifican o que dependen de él para su desarrollo, por el carácter y la impronta histórica que lo marcan, por su singularidad y/o escasez, posee un valor excepcional como capital social a proteger y conservar para su goce actual y futuro y para reafirmar la identidad de las sociedades con él vinculadas, elevando así el nivel de la experiencia humana.

Gestionar el patrimonio es revelar sus valores y sus conflictos. Ello implica reconocer sus elementos componentes, sus potencialidades y sus limitaciones, evitar acciones que puedan provocar su deterioro y/o destrucción, asignar funciones y usos tales que no excedan su capacidad de sustentación y, finalmente, provocar una estructura de conformación que tienda a asegurar su plena apropiación por la comunidad local y por los visitantes.

En este contexto, la oferta cultural toma, básicamente, la forma de conjuntos de itinerarios, de recorridos urbanos y regionales, de manifestaciones y de prácticas locales que traduzcan la especificidad de cada lugar. Para UNESCO, el concepto de itinerario cultural, de ruta, de camino, entraña la recuperación del contexto histórico y geográfico del patrimonio. Representa el flujo de interacciones dialécticas que contribuyen a eliminar el aislamiento local y sus secuelas. Itinerario/ruta es movimiento de personas, ideas, valores, prácticas; intercambios e interinfluencias que han ido conformando las culturas en su dimensión concreta local a lo largo de la historia. Cuando se habla de camino, se habla de movimiento de un lugar a otro a través de una historia y de una geografía. Esto retrotrae al concepto de pluralidad y diversidad, del cual la identidad y el patrimonio surgen y se van conformando como el resultado dinámico y a la vez la referencia estable de determinados procesos culturales locales, como expresión de aquella paradoja que expresa que la cultura es universal y estable en la experiencia humana, pero necesariamente es local y dinámica en sus manifestaciones concretas.

La gestión actual del patrimonio en tanto memoria de lo social se enfrenta con algunos peligros derivados de un sistema de conceptos presentes en muchas propuestas de intervención y acción: patrimonio-objeto, patrimonio-memoria, patrimonio-espectáculo, patrimonio-celebración, patrimonio-consumo, en definitiva, como base de operaciones económicas desnaturalizadoras del sentido del patrimonio como memoria de lo social vivido.

En primer lugar, la llamada *industria* (o también *ingeniería*) *cultural*, que en nombre de la “exaltación” de los valores históricos y estéticos, transforma el patrimonio en objeto de consumo mercantil, a través de procedimientos de “animación” absolutamente discutibles. Despliegue de una cosmetología que impone reglas de pintoresquismo arquitectónico reducidas a mero fachadismo; reconstrucción de pisos antiguos a la

moderna; introducción de mobiliario, accesorios y signos del “catálogo internacional” de lo urbano (tipo shopping-centers); asignación de un mismo tipo de actividades a calles y plazas, alojadas en las mismas tipologías edilicias (comercios de recuerdos, de artesanías y pseudo antigüedades, restaurantes y confiterías). De ello resulta la homogeneización y banalización, un estereotipo de tejido histórico que termina siendo el mismo en cualquier lugar del mundo. Desde la perspectiva del futuro del patrimonio urbano, el éxito de estas prácticas conduce, físicamente, a la destrucción de su objeto *por usura y degradación; por desnaturalización y falsificación, oculta o manifiesta; por descontextualización.*

En segundo lugar, el llamado *marketing turístico*. Los bienes patrimoniales (monumentos, sitios, ciudades o sectores históricos) deben servir a los usos contemporáneos para los cuales el prestigio de su historia constituirá una fuente de atracción. Sin embargo, se promueven procesos funcionales (de servicios o culturales) y construcciones incompatibles con el carácter físico de los patrimonios, llegándose a la desintegración espacial y/o social de la cultura local. Se “redoran” los blasones de una ciudad introduciendo una o varias megaestructuras, algunas de tipo mediático, destinadas a crear “imagen” aún a costa de la morfología local (shopping-centers, megacentros culturales, centros de congresos y convenciones...). O bien se reutiliza el patrimonio sin respetar su sentido social y su escala. En el caso de la ciudad de Córdoba, la operación “shopping Patio Olmos” presenta este tipo de circunstancias: total vaciamiento de un antiguo establecimiento educacional primario cuya fachada académica (finales del siglo XIX) es conservada como “pantalla de prestigio”. Tras ella se organiza una sucesión de espacios comerciales que se pretenden revestir de “culturales” mediante una conexión (afortunadamente con concretada) con el vecino Teatro Rivera Indarte (la mayor sala de la ciudad, dedicada a conciertos, ópera, ballet, teatro, construída según los paradigmas academicistas de la segunda mitad del siglo XIX). Del espacio patrimonial sólo se ha conservado una piel hoy vaciada de significado, adherida violentamente a un espacio que no la requiere y que ha terminado por banalizarla como fachada de un centro comercial a escala urbana y regional. Aquello que era el espacio de una institución pública sentida por todos los cordobeses como parte del universo simbólico urbano, hoy es un banal sitio de consumos diferenciados, altamente segregativo por razones económicas, de prestigio, de seguridad, un nuevo “centro” liberado de los “peligros” de lo público, seguro (no hay allí espacios para el disenso, para la miseria social, para la violencia/delincuencia de los marginados y excluidos del sistema), supuestamente aséptico, deslumbrantemente brillante en sus materiales y en su artificialidad recién construída. La vieja Escuela Olmos, formadora de ciudadanos con conciencia durante casi un siglo, se ha convertido en un espacio al que se accede en calidad de consumidor, no en tanto ciudadano y miembro de una comunidad consciente de sus valores. Otrora lugar de procesos afirmativos de la cultura local, hoy es uno de los paradigmas de las nuevas prácticas ligadas a las estrategias globales del capitalismo tardío que, por cierto, no toma en cuenta ni se detiene respetuoso ante valores culturales pre-existentes. En este marco, el patrimonio, más allá de su valor artístico, histórico y cognoscitivo, no tiene otro valor que el mercantil y mediático, se convierte en un gadget para sociedades hipercapitalistas avanzadas.

En tercer lugar, la conversión del patrimonio en “parque temático”. En el límite conceptual, operación que combinando elementos de las dos cuestiones anteriores, tiende a reproponer el patrimonio como puro espectáculo sin relaciones estables reconocibles con el lugar físico y la geografía cultural, convirtiéndolo en un simulacro de sí mismo vaciado de contenidos y de posibilidades de interpretación. Los sitios de patrimonio como corporización de una visión feliz y regulada de placer asegurado, sin turbulencias, sin intromisiones de la vida y la cultura local, con sus matices y sus conflictos. El paradigma de “No hay problemas en la calle principal de Disneyworld”

Frente a estas nuevas condiciones, es necesario afirmar la función de uso del patrimonio cultural integrándolo en un proyecto social local que respete la compatibilidad de sus funciones con su morfología y no disocie en ningún momento su tratamiento físico de su destino social y de uso turístico.

En los hechos, la paradoja de la identidad cultural se presenta de la siguiente manera:

- La destrucción de las singularidades culturales se produce con el avance de la urbanización globalizante, con la explosión de las nuevas tecnologías, que prometen una forma global de cultura;
- De esta homogenización nace un conjunto dinámico de restos culturales que, ya sea tomados a cargo por los Estados en el marco de políticas culturales de conservación, ya sea manifestándose como resultado de movimientos de la sociedad civil, son motivo de una reasignación de sentido intentando generar una continuidad cultural el medio de los procesos de transformación,
- La referencia a la idea de identidad cultural es mantenida, a la vez, por el reconocimiento y la designación de estas trazas vivientes y por la organización museal de la protección de esta dimensión simbólica de la vida social;
- De aquí derivan las puestas en escena, las exposiciones y los teatros de la memoria cuyo objetivo común es demostrar la perennidad de las identidades culturales.
- Pero tratada como objeto cultural, la identidad sólo aparece como signo congelado del pasado, no como expresión de lo vivido.
- Esta mediación operada por la musealización impone la idea de que las culturas desaparecidas pueden ser reconstituídas como signos de una estética social capaz de mostrar la diversidad de situaciones culturales.
- Sin embargo, queda en pie el hecho de que para que los restos identitarios puedan ser memorables, puestos en escena, es necesario que haya tenido lugar la muerte / desaparición de la cultura que les dio vida.

Comprendiendo estas condiciones, la gestión del patrimonio debería superar su mera espectacularización objetualizante para reintroducirlo en la trama de lo vivencial, devolviéndole, así, su capacidad de volver a ser un hecho memorable en la experiencia de quienes interactúan con sus manifestaciones. Allí, la interpretación y la mediación, como acciones que “fuerzan al objeto a mostrarse”, al decir de Heidegger, juegan un papel central en la reinscripción del patrimonio en experiencia vivencial de lo cotidiano de los habitantes y los visitantes. Por cierto que ello requiere de investigación y formación especializada por parte de quienes gestionan el patrimonio.

Vale la pena recordar que, a propósito de la gestión del patrimonio mundial, UNESCO ha centrado la gestión en las cinco "C":

*"-reforzar la **credibilidad** de la Lista del Patrimonio Mundial, en tanto testimonio representativo y geográficamente equilibrado de bienes culturales y naturales de valor universal excepcional;
-garantizar efectivamente la **conservación** de los bienes del patrimonio mundial;
-favorecer el establecimiento de medidas eficaces de refuerzo de las **capacidades** ... para mejorar la comprensión y la puesta en marcha de la Convención del Patrimonio Mundial y sus instrumentos conexos;
-desarrollar, a través de la **comunicación**, la sensibilización del público, su compromiso y su aporte al sostenimiento del patrimonio mundial, y
-poner el acento en el rol de las **comunidades** en la puesta en marcha de la Convención del Patrimonio Mundial."*

El involucramiento de las comunidades locales es, hoy por hoy, una de las claves de una estrategia efectiva de gestión del patrimonio, en base a adecuadas acciones de comunicación y al fortalecimiento de capacidades locales para la comprensión y puesta en valor del patrimonio. Ello significa desarrollar estrategias cualitativas consensuadas entre los diversos actores y sectores de intereses, teniendo presente que el patrimonio, cuya presencia es el motivo desencadenante de estas actuaciones, tiene potencialidades pero también limitaciones para su reutilización.

A modo de conclusión, pueden mencionarse algunos temas que permiten establecer la vinculación entre patrimonio, sociedad y gestión pública y privada:

- Superación del enfoque de monumento aislado del patrimonio e insertarlo en la trama social de lo urbano, permitiendo una valorización del bien y su entorno mediante políticas activas de recuperación y rehabilitación con incorporación del valor ambiental paisajístico del sector en el cual se halla inserto.
- Evaluación de las operaciones de adecuación del patrimonio a los nuevos usos sociales (incluyendo el turismo), superando las simples intervenciones referidas a instalaciones y equipos en el interior de los bienes patrimoniales en sí.
- Gestión del patrimonio de modo que se pueda dar respuesta a los requerimientos de la sociedad local tanto como a las demandas turísticas.
- Planteo de estrategias basadas en la multifuncionalidad de los sitios patrimoniales, superando la visión monumentalista que museifica o tematiza el patrimonio separándolo de la relación vital con el cotidiano.
- Complementariedad del patrimonio monumental con otros recursos culturales activos en el medio.
- Protección de los paisajes urbanos y rurales que contienen patrimonio, con recualificación ambiental del entorno de los monumentos y conjuntos patrimoniales (por ejemplo, intervenciones en espacios públicos urbanos y en el tejido consolidado del centro histórico).
- Fomento de nuevos modos de asociación público-privado en torno a la problemática del patrimonio.

Las nuevas estrategias de actuación, necesariamente intersectoriales e interdisciplinarias, deben tender a contemplar el patrimonio en toda su complejidad, teniendo presente que el buen uso del patrimonio es la mejor garantía para su conservación y su valoración tanto por la comunidad local como por los visitantes.